



Julian Monge Nájera
Editor de la Revista
de Biología Tropical

Existe un pájaro de extraordinaria blancura que anida en las islas remotas y deshabitadas. Costa Rica tiene la suerte de ser uno de sus hogares. Por supuesto, se trata de la Isla del Coco.

A inicios del año, se establecen las parejas de estas "palomas" en la Isla del Coco. Las parejas en formación realizan espectaculares vuelos de cortejo sobre el mar. Una vez establecida, cada pareja elige y defiende un territorio en el cual, curiosamente, no construye ningún nido, pues las aves de esta especie tienen una manera extraordinaria de criar a sus hijos, como veremos.

El huevecillo, de color blanco cremoso con pintas marrón, es también una curiosidad de la naturaleza, pues no tiene la forma normal de un huevo.

Más bien es extremadamente elíptico, lo que aparentemente es una medida de seguridad para disminuir la probabilidad de rodar. La causa de semejante forma es que la madre lo deposita en sitios tan extraños como troncos flotantes varados en la playa y los mostrados en nuestras ilustraciones.

Uno de los sitios favoritos de desove -único en la Isla del Coco- es la base de las inflorescencias de una palmera, a unos 15 metros de altura.

Cualquiera que haya hecho la experiencia, sabrá que desde esa altura, el suelo se ve peligrosamente lejano, en especial para quien se esté meciendo en el inestable extremo de una palmera sí, no es tan extraño que los nuevos sean “poco rodables” y aún más, que los recién nacidos tengan las patas ampliamente desarrolladas, con grandes garras que les permiten, literalmente, aferrarse a la vida.

Resulta sorprendente encontrarse un pequeño polluelo con unas garras que son, relativamente, enormes para el "bebé".

En contraste con tales adaptaciones, estas aves están mal preparadas para enfrentarse con el ser humano, al cual no temen. Cuando una persona se les acerca, se detienen en el aire, justo frente a ella, mostrando en su forma y blancura la típica imagen con que suele representarse al Espíritu Santo en las estampas italianas.

Ante tal experiencia, más de un pirata debe haber hecho examen de conciencia, porque si ustedes no lo han imaginado, se trata del charrán blanco o "palomita del Espíritu Al Santo" (*Gygis alba*), que habita en la Isla del Coco. De hecho, nuestra lejana tierra insular es el único lugar en todo el Pacífico Oriental, donde esta hermosa ave encuentra tierra para reproducirse.

La única protección real que ha tenido la isla es su propia inaccesibilidad, pero semejante protección se ha vuelto menos viable en nuestros. La pesca abusiva, que incluye el uso de venenos para capturar langosta y la creciente presencia de turistas, han puesto ya en peligro el último refugio natural que quedaba en Costa Rica.

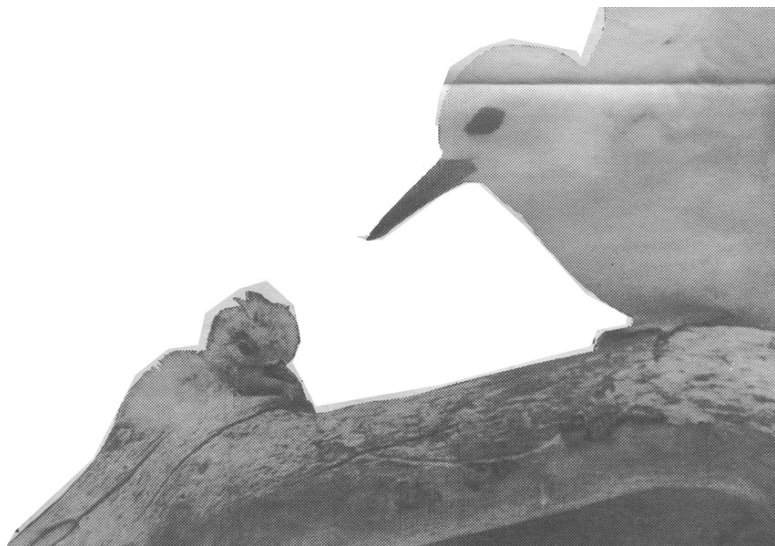
Ahora existe una posibilidad de tratar inteligentemente este tesoro nacional que, más por casualidad (que por merecimiento, quedó en poder de este país por causas todavía oscuras, pero posiblemente relacionadas con el hecho de ser la tierra geoméricamente más cercana.

La esperanza surge de un trabajo serio, fruto de muchos años de experiencia y fascinación por la isla, que debemos al ecólogo peruano Jorge Michel Montoya.

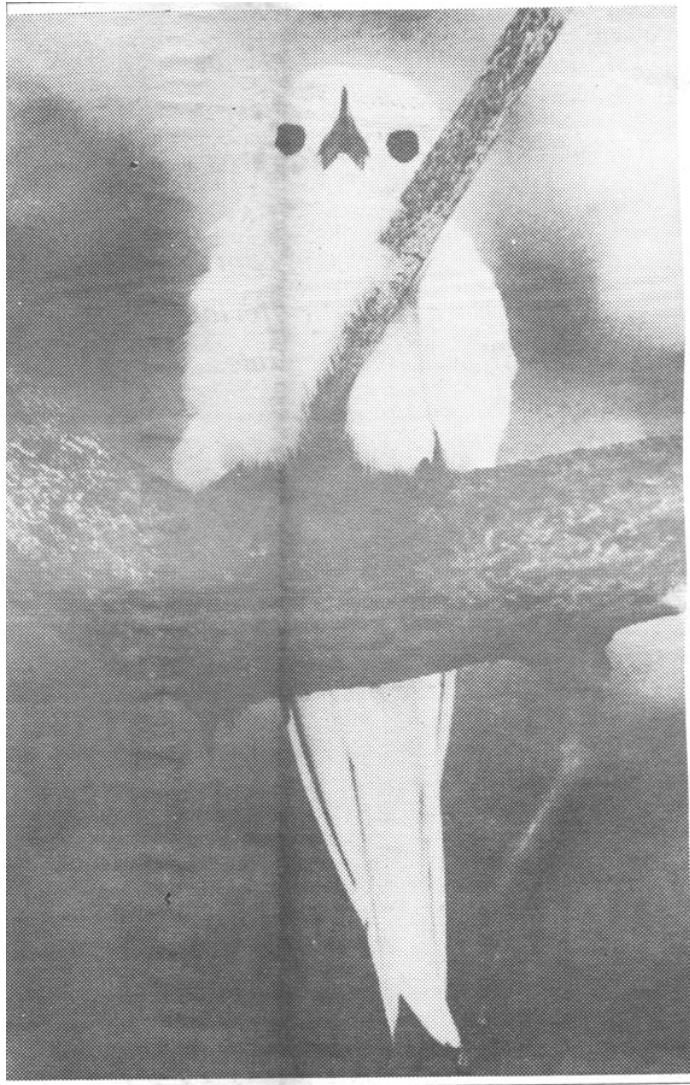
En agosto de 1990, este naturalista presentó al Sistema de Parques y Reservas Marinas el Plan de Manejo del Parque Nacional Isla del Coco, demostrando con una documentación impresionante que la isla es excepcional, tanto biológica como culturalmente.

Además, el Dr. Montoya ha detallado allí lo que habría que hacer para mantener y aprovechar las maravillas de la isla. Por ello, ha insistido en revivir la idea de que sea propuesta a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), como Patrimonio Mundial de la Humanidad, lo que favorecería mucho su conservación.

El pasado diciembre, cuando se presentó el plan "Nuevo Orden Ecológico Mundial", la propuesta fue secundada por uno de los hijos de Jacques Cousteau -Jean Michel- quien podría aprovechar su prestigio internacional para dar mayores alas al proyecto y ponerlo a volar. Ojalá ese vuelo tenga la misma pureza y fuerza de las alas del charrán blanco. .



Gracias a sus precoces garras, el polluelo puede sostenerse a su inestable "nido", que en realidad puede ser casi cualquier lugar.



El charrán sobresale por la blancura del plumaje, que contrasta con el pico y los ojos, de un negro brillante.